

XXII

El primo Neumann

El sargento Schlick siguió con la vista á Lieschen, hasta que desapareció.

—Sí,—dijo como hablando consigo mismo;—comprendo que esa niña quisiera quedarse y marcharse á un tiempo; adivina que voy á aprovecharme de su ausencia para atreverme á haceros algunas preguntas, mi querido señor Waldeck, que no quería hacer delante de ella.

—¿Qué preguntas deseáis hacerme, señor Schlick?—dijo el pastor, comprendiendo que había llegado el momento supremo.

—Por de pronto, con vuestro permiso, como dicen al otro lado del Rhin, voy á preguntaros rápidamente, para no asustar á la buena señorita Lieschen, que tan inquieta se ha marchado, voy á preguntaros qué hace aquí este señor.

—Ya lo veis. ¡Digo! El señor cena con nosotros.

—Sí, tenéis razón, y en cuanto á esto lo veo perfectamente; era un modo de hablar. No quería preguntar lo que hace este señor, sino quién es.

—¿No conocéis al señor?—replicó el pastor.

—No,—respondió Schlick;—pero deseo conocerle.

Y Schlick se inclinó.

El extranjero volvió la cabeza con un ademán de impaciencia que significaba claramente: «¿A qué esta comedia que me humilla y me cansa? Dejad que me entregue.» Pero el pastor, que, sin duda, sabía mejor que aquél cómo había que tratar al sargento Schlick, hizo seña á su huésped de que tuviera paciencia unos momentos más.

—Ya sabéis, señor Schlick,—dijo,—que antes de vivir en Wolfach...

—Sí, señor pastor: habéis vivido en Westfalia y en Baviera; ya me habéis hecho el honor de contármelo.

—Pues bien: parte de mi familia se quedó en Baviera.

—¿En Abensberg?

—Precisamente.

—¿Y el señor es pariente vuestro?

—Es el hijo de mi hermana, mi sobrino Neumann,—respondió el pastor, mintiendo á su pesar, por más santo que fuera el motivo que le impelía á mentir.

—¿Y viene...?—preguntó el gendarme.

—¿Quién sabe?—respondió el pastor, tratando de sonreír.

—Sí, comprendo,—dijo Schlick;—un matrimonio á la vista: el primo Neumann viene para casarse con la prima Lieschen... Señor Neumann, os felicito de todo corazón.

El falso Neumann se limitó á inclinarse.

Mas aquello no bastaba, al parecer, al sargento Schlick; pues, acercándose al joven:

—Venga esa mano, señor mío,—dijo.

El joven le dió la mano, pero frunciendo las cejas de modo tan significativo, que el pastor cruzó con él una mirada casi imperativa para obligarle á proseguir representando aquella comedia; no obstante, su mano permaneció perfectamente tranquila y firme en la mano de Schlick, y sus ojos, que se hallaron con los del gendarme, no pestañearon siquiera.

—¡Vamos,—murmuró el sargento,—es un valiente, y no me engañé cuando, hace siete años, le bauticé con el sobrenombre de Ricardo Corazón de León!

Y pronunció estas últimas palabras de modo que el oficial pudo oírlas; pero ya sea que éste no las recordara, sea que las hallara faltas de sentido, hizo semblante de no entenderlas. Por otra parte, en aquel momento, volvió Lieschen, y una parte de la atención del pastor y de su huésped recayó en la niña.

Esta llevaba en la mano una de esas botellas de vidrio rojizo y de cuello prolongado cuya sola forma puede servir de adorno en una mesa; dejó la botella al lado de su padre, y entonces únicamente se atrevió á lanzar una mirada á los varios actores de la escena: era evidente que con aquella mirada trataba de adivinar qué rumbo había tomado la situación durante su ausencia. La placidez de semblante de Schlick la tranquilizó un poco.

El gendarme siguió en el uso de la palabra; y, mirando á Lieschen con aire malicioso:

—En efecto,—dijo,—diez y seis ó diez y siete años, joven y linda...

Y luego, volviéndose al capitán:

—Veintiocho á treinta años,—prosiguió,—ojos azules, pelo castaño, tez pálida, boca mediana, dientes blancos; en cuanto á la estatura, no se puede afirmar; pero si el señor estuviera de pie juraría que tiene unos cinco pies y cuatro pulgadas... ¡Hermosa pareja!

—¡Las señas que ha dicho hace un momento!—murmuraron á una el pastor y Lieschen.

—Me ha reconocido,—se dijo el capitán.

Mientras tanto, el pastor había llenado un vaso de vino para el gendarme; éste lo tomó y, levantándolo:

—¡Por mi vida! Linda señorita,—dijo,—ya que tengo en la mano un vaso de tan buen vino, no puedo resistir: ¡bebo á vuestra salud, á la de vuestro primo Neumann y á vuestro feliz matrimonio!

Lieschen miró alternativamente á su padre y al joven, como para preguntarles qué significaba el brindis.

—¿Qué tal?—preguntó Schlick.—¿No me contestáis? La intención es buena, sin embargo, ¡os lo juro!

—¿A la salud de mi primo Neumann? ¿A mi feliz matrimonio? No lo comprendo,—respondió la joven, no acertando á adivinar lo que habían dicho en su ausencia.

El pastor bajó la cabeza.

Era más de lo que podía soportar el oficial; se levantó y, en francés:

—Señor sargento,—dijo, dirigiéndose al gendarme,—es inútil prolongar esta comedia por más tiempo; yo soy el hombre que buscáis.

Pero el brigadier le puso una mano en el hombro y, haciéndole sentar otra vez:

—¡Callaos!—le dijo á media voz.—Me acuerdo que he sido francés, y bebo á la salud del primo Neumann, novio de la simpática señorita Lieschen, y nada más.

Luego, levantando la voz:

—Así, pues, ¡á la salud del primo Neumann!

—Señor Schlick,—exclamó el pastor,—¡sois un buen hombre!

—¡Callaos de una vez, rayos y truenos!—refunfuñó entre dientes el sargento.—Pueden oírnos.

—Es verdad,—dijo Lieschen.

—Sólo deseaba probaros que el hombre que tuvo encargo del general en jefe del emperador Napoleón (y se quitó el tricornio) de darle algunas noticias interesantes, no es un tonto.

—¡Oh! ¡Señor Schlick!—no pudo menos de decir Lieschen.—¡Cuán reconocida os quedo!

—¡Psit!... Y otra vez, entendedlo mejor,—dijo en voz baja el sargento,—no siempre toparéis con el buen hombre de Schlick... Ahora,—añadió en alta voz,—puedo decir á mis camaradas que donde esperaba hallar un cons-

pirador he encontrado un novio; sólo que,—prosiguió, bajando la voz otra vez,—aconsejo al novio que vaya á casarse á otra parte.

—¡Oh! ¡Querido señor Schlick!—murmuró la joven uniendo las manos en ademán de gratitud.

—¡Silencio!—siguió diciendo el gendarme;—y ocultad al señor donde queráis, poco importa, pero ocultarle, y que no salga hasta que se haya acostado todo el mundo. Ahora ¡buenas noches, señor pastor! ¡Buenas noches, señorita Lieschen! ¡Buenas noches, primo Neumann!

Y, después de haber hecho el último saludo, acompañado por una señal de inteligencia, el sargento salió.

Los actores de la escena semicómica, semidramática que acababa de pasar, siguieron al gendarme con la vista hasta que se hubo cerrado la puerta detrás de él; luego, sin decir una palabra, pero con el pecho jadeante, el pastor fué á cerrar los postigos y la ventana por la que había pasado el sargento: desde allí, por la rendija de los postigos, que mantuvo un instante entreabiertos, vió á éste hablando con sus dos subordinados.

Entre tanto, Lieschen se había acercado al oficial.

—¡Oh! ¡Qué torpe soy!—dijo.—Poco ha faltado para que os perdiera, y con otro que no hubiera sido Schlick ¡estabais perdido!

—Sí,—dijo el pastor;—pero, gracias á ese buen hombre, ¡estáis salvado!

—¡Gracias! ¡Mil veces gracias, padre mío!—dijo el oficial, sonriendo y besando la mano del pastor.

—¡El capitán Richard besando las manos del padre de Margarita!—murmuró Lieschen.—¡Dios mío! ¿Era, pues, vuestra misericordia, y no vuestra ira, la que le ha conducido aquí?

—Ahora, caballero, creedme,—dijo el pastor,—seguid el consejo que os ha dado Schlick.

Luego, mostrándole el cuarto de Margarita:

—Tomad esta llave,—añadió;—subid á ese cuarto y atravesad el umbral con respeto, pues es el cuarto de una pobre mártir... Idos, y esperad allí hasta que os llame.

—Gracias, señor pastor,—dijo el joven;—pero antes dos palabras... Tal vez me vea obligado á huir sin volver á veros, sin tiempo de hablaros.

—¿Qué tenéis que decirme, caballero?—respondió el pastor, quien, á medida que disminuía el peligro, sentía renacer su odio por los franceses.

—Ese hombre, ese gendarme, os ha hecho recordar, hace un momento, que vivisteis en Westfalia...

—Sí.

—Y después en Baviera.

—Y ¿qué más, caballero?

—Ha pronunciado, además, el nombre de la aldea de Abensberg.

—Seguid.

—¿Habéis vivido realmente en Abensberg?

—¡Dios mío!—murmuró Lieschen.—¿Qué es lo que va á decir?

Y se aproximó al joven, dispuesta á detenerle si le veía proseguir el peligroso camino que había emprendido.

—¿En Abensberg,—continuó el capitán,—conocisteis, entre vuestros piadosos colegas, á un digno hombre llamado Stiller?

Lieschen apenas pudo retener una exclamación, y puso la mano en el brazo del joven; pero éste no pareció comprenderla.

—¡Stiller!... ¡Stiller!...—repitió el pastor, mirando al oficial con sorpresa.

—Sí, Stiller.

—Le he conocido,—dijo el pastor.

—Caballero,—murmuró Lieschen, caballero, ¡pensad en el peligro que corréis si desoís los consejos del sargento!

—Una palabra todavía, señorita, ¡por favor!

Y, dirigiéndose al pastor otra vez:

—Señor pastor,—dijo el oficial,—estoy buscando al señor Stiller, á quien debo comunicar un asunto importante. ¿Lo encontraré aún en Abensberg?

—¿Qué queréis de él?—preguntó el pastor con voz conmovida

—Perdonad,—dijo el joven:—se trata de un secreto que no es mío; sólo puedo repetiros mi pregunta.

Y, á pesar de la presión de la mano de Lieschen:

—¿Lo encontraré todavía en Abensberg,—insistió,—ó murió acaso á consecuencia de su herida?

—¡Padre mío!—exclamó la joven, poniéndose un dedo en los labios para suplicar al pastor que guardara silencio.

El pastor hizo un ademán con la cabeza, murmurando:

—Sí, está tranquila, hija mía.

Y, volviéndose al joven:

—El pastor Stiller murió á consecuencia de su herida,—dijo.

—¡Muerto!—exclamó á media voz el joven.—¡Muerto!

Y, levantando la voz:

—Pero ¿tenía una hija?—preguntó.

Lieschen se apoyó en el respaldo de una silla, temiendo que iba á desmayarse.

—Tenía dos, caballero,—respondió el pastor.—¿A cuál os referís?

—A su hija Margarita, señor pastor.

Lieschen apretó ambas manos á la boca para ahogar un grito.

El pastor palideció espantosamente.

—¿Sabéis,—dijo con voz emocionada,—sabéis que tenía una hija llamada Margarita?

—Sí, lo sé, señor pastor.

Luego, vacilando, porque sentía que toda el alma de su hermano, á quien tanto había amado, estaba en la pregunta que iba á hacer:

—Y su hija Margarita,—preguntó,—¿es dichosa?

—¡Oh! ¡Muy dichosa, caballero!—exclamó el pastor.—Más dichosa que en este mundo: ¡está en el cielo!

—¡Muerta también!—murmuró el joven, bajando la cabeza.

Y, después de un instante de silencio, tomando la bujía de manos de Lieschen:

—Está bien, señor,—dijo,—no tengo más que preguntaros.

Entonces fué el pastor quien, á su vez, hizo ademán de detener á su huésped; pero Lieschen se interpuso.

—Padre mío,—dijo,—¿olvidáis que el señor se ha de ocultar, que su vida peligrará?... ¡En nombre del cielo, caballero,—prosiguió, empujando al joven hacia la escalera,—en nombre del cielo, no permanezcáis un minuto más aquí, y subid al cuarto de mi hermana!

El joven se detuvo sorprendido.

—Sí, subid,—dijo á media voz.—Y cuando estéis allí, ¡desdichado!, contemplad un retrato que hay entre las dos ventanas... ¡y huid!

El oficial vió el rostro de Lieschen tan alterado, que se resolvió á obedecer, adivinando que en el corazón de la joven y en el del viejo ocurría algo que no se le explicaba, al menos por aquel momento.

Dejóse arrastrar, pues, por la joven, y mientras el an-

ciano miraba ora á Lieschen, ora á su huésped, preguntándose quién podía ser éste, y qué interés le impelía á buscar al pastor Stiller, abrió la puerta y desapareció en el cuarto.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Lieschen se sintió exhausta de fuerzas y se dejó caer en una silla.

El pastor corrió hacia ella, y, levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío!—dijo.—¡Gracias á vos he salvado á uno! Ahora me falta salvar á la otra!

Y, tendiendo la mano á Lieschen:

—¡Vamos, hija mía,—prosiguió,—valor!

—¿Que queréis decir, padre mío?—preguntó la niña, levantando vivamente la cabeza.

—¡Quiero decir, pobre hija mía, que amas á ese hombre!

—¿A él?—exclamó Lieschen con terror.

—Sí, á él,—repitió el anciano.

—¡Oh, no, padre mío!—protestó Lieschen.—¡Os juro que os engañáis!

—¿Por qué mentir, Lieschen? Ya sabes que es inútil conmigo.

—¡Oh! Yo no miento, padre mío... ó, por lo menos, os juro una cosa.

—¡Juras!

—¡Oh, sí! ¡Sobre la tumba de mi hermana Margarita!

—Y ¿qué es lo que juras tú con tan santo juramento?

¡Que ese joven no será nunca nada para mí!

—¿No le amas?

—¡No tan sólo no le amo, padre mío, sino que me espanta!

—¿Te espanta?

—¡Padre mío, en nombre del cielo, no hablemos más de él!

—Al contrario, hablemos... ¡Te espanta! ¿Por qué?

—Por nada... ¡Dios mío!... No escuchéis lo que os digo: ¡estoy local!

—¿Acabarás?

En lugar de responder, Lieschen dió un paso atrás, clavando sus asustados ojos en la puerta.

—¡El señor Schlick, padre mío—balbuceó.—¿Qué viene á hacer aquí otra vez?

El pastor se volvió y divisó, efectivamente, al sargento de pie en el umbral.

XXIII

Una cabeza puesta á precio

Schlick mostrábase perplejo, llevaba el mosquete en la mano, lo que denunciaba una intención más hostil que la primera vez, puesto que la primera vez se había presentado sin armas.

El pastor le miró con ojos escrutadores.

—¡Ah, ya!—dijo Schlick.—¿Creíais haberos librado de mí, señor Waldeck? Yo también creía que lo estabais; pero, ya sabéis... ¡el hombre propone y Dios dispone!

—Sí, ya lo sé; pero lo que ignoro...

—Es lo que me trae, lo comprendo... ¡Diantre! Es difícil de decir...

—Decid, señor Schlick.

—Señor pastor: aquí tenéis ante vos el hombre más perplejo, con seguridad, de toda la confederación del Rhin.

—¡Perplejo! ¿Cómo es eso?—preguntó el pastor, mientras que Lieschen, jadeante, aspiraba, en cierto modo, las palabras del sargento, á medida que iban desprendiéndose de sus labios.

—Ya os he dicho, hace poco, que esperaba nuevas instrucciones.

—Sí.

—Pues bien: al volver á mi casa, las he encontrado.

Entonces, aproximándose al pastor:

—¡Parece,—dijo,—que el hombre que buscamos es mucho más peligroso de lo que yo creía!

—¡Dios mío...!—murmuró Lieschen.—¿No hemos terminado aún?

—¿Más peligroso de lo que creíais?—repitió el anciano.

—¡Tan peligroso, señor Waldeck, que su cabeza ha sido puesta á precio!

Lieschen lanzó una rápida ojeada hacia el cuarto; pero, por rápida que fuera, el gendarme la interceptó al paso como hubiera hecho con un reo.

—¡Está bien!—se dijo á sí mismo.—Nuestro hombre no se ha marchado todavía.

—¿Puesta á precio?—preguntó el pastor, que, conociendo el flaco del sargento Schlick por el dinero, comprendió que iba á empezar la lucha.